Sandra Lorenzano

Herencia

Vaso Roto Poesía

Sandra Lorenzano
Herencia

Аннотация

Una noticia que llega de lejos –"Operaron a Irene"– destapa una genealogía tan antigua como el Pueblo del Libro.

¿Qué recibimos de nuestros ancestros? Herencia es recuerdo y poesía, deseo y lenguaje. Historias silenciadas, fotos perdidas, rostros añorados, forman un paisaje que se vuelve dolorosamente entrañable. La estirpe de mujeres transmite, sin saberlo, a la vez sabiduría y tristezas sobre infinitos mapas superpuestos. Allá. Acá. Hogares que migran tatuados en la piel. El espacio y el tiempo condensados en 5592 nucleótidos.

Содержание

Herencia 5
Índice 6
Конец ознакомительного фрагмента. 13

Primera edición: mayo, 2019
© Sandra Lorenzano, 2019
Este libro fue escrito con el apoyo del Sistema Nacional de Creadores de Arte, México
© Vaso Roto Ediciones, 2019
ESPAÑA
C/ Alcalá 85, 7º izda.
28009 Madrid
vasoroto@vasoroto.com
www.vasoroto.com
Grabado de cubierta: Víctor Ramírez
Queda rigurosamente prohibida, sin la
autorización de los titulares del *copyright*,
bajo las sanciones establecidas por las leyes,
la reproducción total o parcial de esta obra
por cualquier medio o procedimiento.
eISBN: 978-84-121958-4-2
BIC: DCF
Sandra Lorenzano

Herencia

Para Mariana, porque las huellas de la memoria también pueden ser dulces.

Índice

I. HERENCIA
II. DERIVAS
III. MANOS
IV. ÓXIDO

I. HERENCIA

Le doy vueltas a la tarjeta. Leo el nombre y la especialidad. Me parecen amenazantes. «Operaron a Irene», decía el mensaje.

Puedo estar semanas sin comunicarme con mi familia. Nos queremos mucho, pero hemos aprendido a vivir –cada uno su vida– a diez mil kilómetros de distancia. Ya sé que podríamos hablar por teléfono más seguido, o incluso mandarnos mensajes electrónicos o chatear todos los días. Cada tanto lo intentamos, pero terminamos no cumpliendo con la propuesta o hablándonos a regañadientes. Nada más absurdo que la obligación de comunicarse. ¿No se lo vas a contar a tu mamá? Sí, sí, se lo voy a contar, contesto sintiéndome la peor hija del mundo. Cómo no le voy a contar que a la bebé le salió un diente o que terminé un cuento. Pero lo haré seguramente el domingo cuando los llame por teléfono, o en diez días cuando hable para saludar a mi hermano menor que cumple años. Cuando mi hija era chica dijo

la frase clave: «Si hablo con ellos me da tristeza». Y es así. Si no nos comunicamos es como si viviéramos cerca. Al lado casi. Pero si nos llamamos se hace evidente la distancia; el tiempo que llevamos viviendo separados. «Operaron a Irene», decía el escuetísimo mensaje de mi hermano. Mi primera reacción fue mirar la tarjeta que me dio una amiga hace pocos días. Los datos de un genetista. A veces la herencia es difícil de sobrellevar. La memoria de la sangre.

Leerlo, escribirlo, no sirve para exorcizar ni para conjurar. Sirve nada más para poner algunas piedras en el camino del miedo.

Casi no tenemos datos ni conocemos historias más allá del día en que los barcos llegaron al puerto y de la zona de tercera clase bajaron ellos. Hacía mucho tiempo que se habían quitado los largos abrigos negros, los sombreros y las barbas. Generaciones. Eran judíos asimilados a dos grandes ciudades rusas: Odesa y Minsk. Salieron en 1910. Por eso la familia no fue parte de los setenta y cinco mil que vivieron encerrados en el gueto más grande de Bielorrusia. Aunque es más lógico pensar que alguien quedaría, ¿no? Algunos primos o tíos. Parientes. Amigos. Nunca lo supimos. El día que escribí que hablaban ídish, mi madre saltó ¡Hablaban ruso! ¡No venían del *shtetl*! Éramos hijos, nietos y bisnietos de la modernidad. No del oscurantismo. Eso quería decir la frase de mamá. Unos estaban metidos en los movimientos revolucionarios y por eso habían tenido que escapar. Los otros eran músicos. Mi bisabuelo dirigía coros y le

enseñó un instrumento a cada uno de sus hijos. También a las mujeres. Aún hoy, muchos de sus descendientes se dedican a la música. Hablaban ruso, es verdad… Aunque cuando mi abuela no quería que nosotros entendiéramos lo que charlaba con su hija, entonces sí lo decía en ídish. En realidad, habían aprendido esa lengua en su nuevo país, a principios del siglo pasado, para poder hablar con otros judíos. Se volvió entonces el idioma de los afectos, de las complicidades. Éramos hijos de la modernidad. Quizás fuera por eso por lo que la memoria familiar anterior a la llegada al puerto se reducía a unas pocas anécdotas y a la mesa de Luisa, mi abuela: *gefiltefish, kreplach, borsch*… Se me hace agua la boca. No había celebraciones ni rituales religiosos. Toda su vida, cantó los tangos más reos con la misma picardía y emoción –o más– que cualquier porteño. «Mi madre –nos contaba cuando todavía recordaba– nos lavaba la boca con jabón si nos escuchaba diciendo esas palabrotas». Y volvía a cantarlos a voz en cuello para diversión de sus nietos. Unas pocas anécdotas y la comida, cada tanto, en su casa. La herencia, la memoria, nos permitía ir ligeros de equipaje. O eso creíamos.

Hago ejercicio, trato de comer de manera sana, tomo sólo un par de vasos de vino a la semana y varios litros de agua al día, uso ropa interior *sexy*…, pero ya tengo más de cincuenta años. Frente a eso no hay nada que hacer. He comenzado a ser más joven que mi cuerpo. Sin embargo, me preocupa menos el efecto de la «ley de gravedad» que la angustiante sensación de que la vida se pasa tan rápidamente que me paraliza. Qué obviedad.

¿Por qué no hice todo lo que quise hacer hace diez, veinte, treinta años? Le sigo dando vueltas a la tarjeta del genetista. ¿Qué es lo que quiero saber? O mejor dicho: lo que no quiero saber. Me pasé años tratando de construir una vida distinta a la de mi familia. Lejos. Si no hubiera sido así supongo que aún seguiría viviendo ahí adentro, asfixiada y enana pero feliz. Y ahora, de pronto, tengo que averiguar cuán profundamente está presente la herencia. El color de los ojos, la densidad de los huesos, los gestos idénticos a los que hacen mis hermanos, el tono de voz. ¿La enfermedad?

«Operaron a Irene», dice mi hermano en su mensaje. Y si no agrega nada más es porque no hace falta. Sabemos de qué está hablando. Irene tiene tres años más de los que tenía Luisa cuando entró al quirófano. Y casi treinta más que aquella mítica hermana de la abuela a la que la enfermedad familiar mató en pocos meses. La fotografía de la tumba la muestra tan parecida a mi madre que me provoca escalofríos. De pronto no recuerdo si en todos los cementerios hay fotos o sólo en los judíos.

(Quitar los adjetivos. Casi siempre están de más).

Buscan la vena, clavan la aguja en la que se ve más fuerte, sólo unos minutos, mientras se llena el tubo de ensayo, y en un par de semanas están los resultados. Listo. ¿Qué es lo que preferiría no saber? Tengo que recuperar algo de la herencia del cuerpo que no sea ese maldito gen. Alguien me escribe: «Muchos de los judíos que decían haber nacido en ciudades lo habían hecho en aldeas. Era difícil que fueran aceptados en una ciudad

rusa importante en esa época». No sabemos con certeza la fecha de nacimiento y ahora tampoco el lugar. Qué frágil memoria trajeron los inmigrantes. O será que nadie quería saber. Puedo pedir una cita para el próximo martes y de ahí me voy a la comida que tengo, como si fuera algo de poca importancia. Sí, creo que eso es lo que voy a hacer. O mejor el martes de la siguiente semana. Total, he pasado tantos años sin hacerme ese análisis que no creo que las cosas cambien mucho en una semana. Hay árboles truncos. Árboles que han sido cortados para no olvidar. Así es como muchos le rinden homenaje a los suyos, a los de su sangre. La misma que llena el tubo de ensayo.

Podría intentar reconstruir algunas de esas historias. Los relatos truncos de los árboles familiares. ¿Quién fue la primera mujer? Antes de mi abuela y de cada una de sus hermanas, ¿quién? Antes de esa tía tan joven cuya foto me recuerda a mi madre. Antes de la otra, casi igual de joven, que habiendo sido testigo de la historia de la menor prefirió colgarse en una de las piezas del hotel que administraba la familia. Un regalo para los padres. ¿Qué sabrían ellos de la herencia que reaparecía no sólo en el color de los ojos o en el tono de la voz? ¿Dónde tendría que empezar el cuento de este bosque femenino? Robles de hojas rojas en otoño como el que plantamos todos juntos en un jardín que nunca más fue nuestro. O tilos tan tupidos como los que daban sombra sobre la mesita «del fondo», hecha para los deberes de la escuela, el café con leche y las siestas de verano. En las ramas del damasco leí completa la colección del Príncipe

Valiente a los siete años porque la habíamos recibido en cajas desde la infancia de mi padre. Nadie ponía en duda que entre esos árboles jugarían nuestros hijos, y los hijos de nuestros hijos. Troncos cortados para recordar cada nombre, cada gesto, cada mueca que se repite en mi rostro.

No hay dolor. Sólo una sombra. Algo apenas perceptible en el ultrasonido. Después vienen los médicos, los quirófanos, el corte, el miedo. No todo en ese orden. El miedo siempre. Y la cadena es larga: una más de las mujeres de la familia. La culpa es del gen. Adonai. ¿Y antes? También antes el miedo, el corte, los quirófanos, los médicos. ¿Desde cuándo? O sólo un largo rezo y, ahora sí, el dolor y los hijos alrededor de la cama. Hijos para salvar cada día el universo. ¿Quién podía saber cuál era realmente el elegido por el Señor? Treinta y seis justos nos salvarán. ¿Yo? ¿Tú? Huella tan ajena, tan distante, que vuelve tanto tiempo después en otro cuerpo. Sólo una sombra que quisiéramos no reconocer.

La memoria de la sangre. La huella en el cuerpo como uno de los capítulos de la historia. Final abierto. Aunque mis colores recuerden más el calor del sur que los hielos entre los cuales cuentan que nadaba el abuelo con sus hermanos. Cada tanto una llamada y la emoción, el gusto, las novedades, la despedida. Mi madre grita como si en lugar de teléfonos –inalámbricos, digitales, ligeros– intentáramos cubrir los diez mil kilómetros con dos latitas y un piolín. Dice mi hija que yo también grito, incluso cuando alguien me llama de la misma

ciudad en la que vivo. Llegó al verano porteño con trece años, ropa de lana y un violoncelo. Quizás sea lo único estrictamente cierto que cuento y provoca siempre un gesto de incredulidad. Parece una escena filmada en Staten Island para que Hollywood recuerde a sus inmigrantes. No debe de haber sido fácil viajar con semejante compañía. Menos aún para un adolescente de apenas un metro sesenta. La altura de mi hermano. También entre ellos hay un torrente memorioso. Pero no el gen aquel que durante siglos ha acompañado el inacabable balanceo frente al muro. ¿Se balancean también las mujeres al rezar? El cielo está ya anaranjado frente a la ventana que miro cuando escribo. Y es agosto. Siento siempre el frío del invierno cuando empieza agosto.

Detrás del silencio, los gritos agazapados copian una historia cualquiera. Porque cada uno recibe su herencia, aun sin quererlo o sin saberlo. La mía son esas veintidós letras; veintidós consonantes en una lengua que apenas conozco y de la que no sé cómo apropiarme. Letras que construyen el sentido de las ausencias. Un nombre y otro y otro más y es sagrada la ofrenda de la sangre. Desata a tu hijo, le dijo dios a Abraham; que el sacrificio le otorgue su propio camino y una voz única.

Конец ознакомительного фрагмента.

Текст предоставлен ООО «ЛитРес».

Прочитайте эту книгу целиком, купив полную легальную версию на ЛитРес.

Безопасно оплатить книгу можно банковской картой Visa, MasterCard, Maestro, со счета мобильного телефона, с платежного терминала, в салоне МТС или Связной, через PayPal, WebMoney, Яндекс.Деньги, QIWI Кошелек, бонусными картами или другим удобным Вам способом.